El jardín de Lope

Novela

Diego San José

EL JARDÍN DE LOPE

NOVELA

Diego San José

Ilustraciones de Ángel de la Fuente

Evocación a manera de prólogo

Vida ha sido la de Lope de Vega, que desde los días lejanos en que triunfó en el mundo con su ingenio peregrino y con sus novelescas aventuras, ha movido en su loor y comentario muchas plumas.

Desde la suya propia, que hizo autobiografía de la mano que tan gloriosamente la llevara por el barbado papel, en comedias, novelas, églogas, epigramas y elegías, pasando por la de Montalbán, su primer biógrafo, hasta esta mía, la postrera y más humilde de todas, apenas si ha habido devoto del *siglo de oro* que no haya recogido alguna huella del poeta insigne que escribió *El castigo sin venganza*.

La grandeza de su numen —único en el parnaso español, pues que cultivó triunfalmente todos los géneros literarios—, la desmedida influencia que gozó con los próceres de su tiempo y la certeza que de su propio valer tenía, hicieron que la adulación, la intriga y la sátira hicieran culto de su persona.

Cervantes le admiró y él despreció a Cervantes, Góngora le respondió con las mismas enconadas armas con que Lope arremetiera contra el epigramático racionero de la catedral de Córdoba; Quevedo, aunque era mozo cuando el cantor de «Amarilis» estaba viejo y era en la Corte una institución más que un prestigio, fuera bueno que le tratara con más respeto y cortesía, cerró con él sin dolerle canas ni triunfos, con aquel desenfado suyo, tan característico que le valiera pasarse nueve años preso en San Marcos de León, cuando fustigo con tanta saña como justicia al Conde-duque de Olivares.

Ruiz de Alarcón, que una vez se atrevió a tratarle despectivamente, hubo de pagar caro su atrevimiento, pues la continua guerra que Lope hizo a cuantas comedias estrenó el corcovado ingenio contribuyó a desterrarle del teatro.

Desde los años de la mocedad fue su merced arrojado y audaz, volcán de todas las pasiones y esclavo de todos los siete pecados capitales.

Si a los cinco años ya componía versos y, por no saber todavía escribir, repartía su merienda con los muchachos que le llevaban esta ventaja, apenas salido de la niñez ya era galán de muchas damas y ansioso de correr mundo, abandonaba la casa paterna con otro camarada de las mismas inclinaciones.

Véase cómo Montalbán, su amigo, discípulo y primer biógrafo, hace referencia, aunque en verdad no muy detallada, de este primer capítulo de aventura:

«… antes de los doce años tenía todas las gracias que permite la juventud curiosa de los mozos, como es danzar, cantar y traer bien la espada. Viéndose ya más hombre y libre del miedo de su padre, que ya había muerto, ambicioso de ver mundo, y salir de su patria, se juntó con un amigo suyo, que hoy vive, llamado Hernando Muñoz, y concertaron el viaje, para cuyo intento cada uno se previno de lo necesario».

«Se fueron a pie a Segovia, donde compraron un rocín con quince ducados, que entonces no sería malo por el valor que tenía el dinero; pasaron a la Bañeza y, por último, a Astorga, arrepentidos ya de su resolución por verse sin el regalo de su casa, así determinaron volverse por el mismo camino que llevaron y, faltándoles en Segovia el dinero, se fueron ambos a la platería, el uno a trocar unos doblones y el otro a vender una cadena. Pero apenas el platero (escarmentado quizás de haber vendido mal otras veces) vio los doblones y la cadena, pensó lo peor, pero lo posible, y dio parte a la Justicia, que luego vino y los prendió; mas el juez, que debía estar bien con su conciencia, habiéndoles tomado su confesión, y viendo que decían ambos la verdad, porque decían una misma cosa, y que su culpa era mocedad y no delito, y en efecto que su modo, su hábito y su edad no daban indicios de otra cosa, les dio la libertad y mandó que un alguacil los trajese a Madrid y los entregase a sus padres, con los doblones y la cadena».

Muy sabido es como *La Dorotea* es una relación disimulada pero bastante cierta de aquellos revueltos días de la juventud, en que el futuro Fénix de los ingenios iba escribiendo, a la par que los vivía, sus primeros pasos galantes, y así leyendo esta interesante obra, puede el curioso lector tener una visión bastante aproximada a las leyes de la verdad de las primeras correrías de Lope por los caminos del mundo.

Desde esta novela puede decirse que su autor no perdió ocasión, siempre que se le vino a mano, de poner en sus obras pasajes vividos; por eso sus comedias, aquellas que las necesidades de la vida no le obligaron a componer con la premura que solía, están llenas de humanidad y sus caracteres son firmes y enteros, sin otra ficción que la necesaria para urdir la trama del asunto.

Cuando trató la picaresca en sus obras, como quien también la había vivido, lo hizo maestramente porque la vida alegre no tenía secretos para él.

Tiró de la jábega y del copo —-que todo viene a ser uno y lo mismo—, en las playas de Marbella, pescó atunes en las almadrabas de Zahara, se doctoró de picardías en el «Compás» de Sevilla y en «El Potro» de Córdoba, conoció las islas de Riarán y fue tan bienquisto en el «Caño dorado» y «La Mantería» de Valladolid, como Diego Rincón y Pedro Cortado en el patio de Monipodio.

Fue soldado en la famosa expedición a las islas Terceras; estuvo en bien poco que no se embarcara en la malaventurada «invencible»; hizo en Valencia oficios de secretario con el marqués de Sarriá; por amor a una hermosa y apicarada comedianta empuñó un *remo* en los *bancos* de la farándula andariega, y como al cabo tomara venganza de ciertas infidelidades de su coima, fue procesado por denostar y vejar a ella y aun a toda la familia.

Siempre que se enamoró —y toda su vida anduvo enamorado—, nunca tomó como ejemplo a Romeo, ni a Abelardo, ni a Diego de Marsilla, pues siempre procuró —como dicen—, «alzarse con el santo y con la limosna», y cuando veía que para lograr a la dama y señora de sus pensamientos no había más remedio que pasar por la Iglesia, no tenía inconveniente en ello; de esta manera se casó dos veces, aunque después, como marido fuese una pura desdicha y viniera a quedarse viudo en fuerza de desvíos y pesadumbres, causados a las que tan caprichosamente eligiera por compañeras de su vida y madres de

sus hijos, aunque para esto no era menester que la Iglesia se tomara el trabajo de ponerle yugos ni leerle la Epístola de San Pablo.

Harto de la vida y otro tanto desengañado, quiso hacerse cura y estudió en el seminario de Toledo.

En este tiempo, ya había entrado en el otoño de la vida y aun le quedaban resabios del ardiente verano; así acaeció que topó en la Imperial Ciudad con otra comediantilla, que, recogida a matrimonio había trocado la escena por el regimiento de una posada, volvió a recordar entre sus brazos el tiempo pasado de cuando le daba famosos triunfos en los «corrales» y buenas noches en la cama; de suerte que en tanto que hacía el aprendizaje de cura y se graduaba de Epístola, aprovechaba placenteramente el breve espacio que le quedaba de seglar.

Así lo reza este papel anónimo que, sin saber por qué caminos, ha llegado a mis manos.

«A lo que parece, ya van muy adelantadas las devotas ansias del galán don Lope al aquel de apartarse del bullicio del mundo y retirarse con Dios, siendo ministro de su Iglesia».

«Desde los primeros días de este frío mes de marzo, que más tiene resabios de invierno que atisbos de primavera, se encuentra su merced en Toledo y parece que ya anduvo lo más fatigoso del camino de su pretensión.»

«Ya está ordenado de Epístola, no tardará mucho en ordenarse de Evangelio, pues, como tan gran señor es, que por su ingenio asombroso anda en todas lenguas, como habladuría, tiene a monseñor el Nuncio de su parte».

«El último grado vendrá presto, y piensa que para el día del Corpus podrá cantar la primera misa en su oratorio de Madrid.

»Si ahora le viesen sus devotos y aficionados, a fe de que dudarían de que fuese el mismo que conocieron en Madrid. Lleva el rostro todo afeitado, pues aquellos altos bigotes que comenzaban a ser hebrillas de plata, les dio muerte un verduguillo barbero, por sentencia cruel del Cardenal Arzobispo, que solo consiente pelos en el rostro a los que ya están ordenados por entero.

»El embozo lleva subido hasta los ojos porque no se le advierta la poda. Parece que esto lo tiene por la mayor afrenta que pueda sufrir un hombre, y no se atreve a volver rapado a la Corte.

»En tanto que llega el trance final, que de caballero de capa y espada le trastrueque en clérigo de misa y olla, «El Fénix de los ingenios» no deja de ser hombre. No quiere esto decir que ande como antes solía tras de basquiñas y zagalejos, y que al doblar de una esquina busque una pendencia, ni que repase a cada momento en las ermitas del beato Jorge el miniado breviario de Juan Bolay; pero, con el fin de no dar pábulo a murmuraciones, se concreta no más de un solo esparcimiento.

«Se aposenta en casa de la señora Gerarda.

»Por este nombrecillo de ama de gobierno, pocos son los que habrán de conocerla. Sepan que es la más linda pieza que come, hecha gracia de Dios, el dorado trigo de los toledanos campos…».

«¿Habrá quien no haga buena y deleitosa memoria de Jerónima de Burgos, bizarra representante en los más famosos corrales de Castilla, tan franca con su conciencia, tan

devota con sus gustos, tan honesta… con los pobres y tan poco esquiva con los ricos? Pues esta es la señora Gerarda».

«¡Válgale Dios, que está hermosa con alma y no parece sino que tiene contrato como el vino para ser mejor cuantos más años sume!

»Se ríe de Lope y le dispara a cada paso aquello de "el diablo harto de carne…"».

«Acá asentó con un maridillo hecho a la medida, que más tiene de colgadero que de hombre de vergüenza, y como todo se lo pasa y él goza de entera libertad para hacer lo suyo, que no es nada honorable, le da tan poco cuidado de su mujer como de las aguas del «Tajo».

»La tal, que se ve de nuevo con aquel que tanto hizo por ella, y a quien ella, o por buen mozo o por amparador, quiso unas libras más que a otros, está como muchacho con zapatos de primera puesta.

»Cierto martelillo que le achacaban con un canónigo, y tal cual hora perdida a punta de noche sobre la poltrona de un escribano, les ha dado tregua desde que está aquí este hombre. ¡Válgale Dios por dama boba, y cuán bien les engaña a todos!

»Mas, cierto que, con ser débil fábrica, tan dada a desmoronarse, piqueta de oro hay que no ha podido hacerle mella. Ahí está, sin ir más lejos, el duque de Sessa, que apunta pero no da.

»Aunque su merced, que tan tardío camina para reverencia, diga y jure al duque, su protector, que, mientras llegue el feliz día en que pueda decirse su capellán el quehacer que lleva no es otro que el ir desde su casa a la iglesia, tener más tarde dos horas obligadas de ejercicios espirituales, y por la noche —después del «rosario» y la cena—, departir con algún amigo, en lo que llega la hora de remitir a la paz de las sábanas los picores del sueño, no le crean en manera alguna, que todo esto lo dice para mayor disimulo.

»No hay para él más amistad ni hora más bien empleada que aquella en que la señora Gerarda le dice, teniéndole tan junto como un escapulario:

»—Decidme vos, Lopillo, ¿a qué viene esto de cantar misa, si no servís para el caso? Escribidme otra comedia como la de aquella avispada boba, y vuelvo a las tablas y vos detrás de mí, como entonces. ¡Valladolid, Medina del Campo, Segovia…! ¿Os acordáis…?

»Y Lope; mirándola socarronamente, responde:

«—¡Demonio, no me tientes! Deja que suba mi calvario. ¡Cristo me espera con los brazos abiertos…!

»Y besa una cruz de oro que la señora Gerarda lleva puesta en los pechos…».

***

Lope canta misa al cabo, engañándose a sí mismo con que la severidad de su nuevo estado habrá de absolverle de las pasadas culpas y le tendrá a raya de volver a perderse en las deleitosas veredas del pecado mortal; pero, a los dos años escasos de vestir los manteos sacerdotales, y habiendo observado en todo este tiempo una conducta por todo extremo ejemplar y devota, se le atravesó en el camino una imperfecta casada de buen rejo, y ella dio al traste estrepitosamente con todos los buenos propósitos de su merced.

No parece sino que el mismo Dios, queriendo probarle si estaba o no bastante hecho para renunciar a las divinas humanidades del mundo, le puso frente a una mujer.

Y para que la prueba fuese más espinosa y la mortificación del nuevo clérigo más intensa, permitió que esta mujer fuese casada, que, sin duda, pensó Nuestro Señor: «Si triunfa la verdad sobre la carne, suba el héroe a los Cielos después de haber vencido todas las tentaciones del enemigo, y si baja a los profundos Infiernos sea ello sin que le falte mérito alguno», porque parece que Dios, como aquel don Juan de Robres, que después de haber arruinado a media humanidad hizo un asilo para recoger a los menesterosos, consintió los delitos y le dio licencia al diablo para hacer el Infierno.

Como queda dicho, más de dos años llevaba el insigne capellán cumpliendo los votos jurados, cuando una bella tarde de otoño de 1616, le puso Dios como prueba la arrogantísima figura de doña Marta de Nevares y Santoyo, y en su querer cayó el anciano ingenuo como atolondrado mancebo. Ella, a su vez, mordió el cebo de un limpísimo soneto de su merced, arma la más precisa y segura de cuantas manejaba la maravillosa inspiración del poeta clérigo, que decía de esta manera:

Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho, y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor a la cadena,
para cantar me sirve de instrumento.

No al fuego humano, al celestial aliento
en alabanza de «Amarilis» suena,
con esta voz que el curso al agua enfrena
mueve la selva y enamora el viento.

La luz primera del primero día,
luego que el sol nació todo lo encierra,
círculo ardiente de su lumbre pura;

y así también cuando tu sol nacía,
todas las hermosuras de la tierra
remitieron su luz a tu hermosura.

—Seáis bienvenido, amor —dice que dijo la malcasadilla, abriendo a su merced de par en par las puertas de su casa, con licencia del paciente marido—, que nunca pensé que quisiereis descender hasta mí. Me dieron esposo cuando era muy niña, pero cariño pensaron que era cosilla de poco y nadie lo atendió con la urgencia que se debe.

El marido miraba a Lope por confesor de su mujer, mas un día que vio tan claro que más se holgara de ser ciego, se murió, pensando que esa era la manera de quedar más decorosamente. Y desde entonces manaron como torrente despeñado los amores de Lope de Vega con doña Marta de Nevares.

Y corrieron los años mansamente, sin que la Inquisición ni las autoridades eclesiásticas interpusieran su valimiento en el profanado hogar del Fénix.

Y el padre de almas tornó a ser padre de humanas criaturas.

Un lindo capullo de mujer (la protagonista de esta novelilla), nació de aquel postrero amor y fue ventura y consuelo de la madre extraviada y pasión y muerte del enamorado clérigo.

Pero llegó un día en que le pareció a Dios que había consentido mucho, sin dejar sentir la mano de su justicia implacable quitó la luz de los bellos ojos de la enamorada Marcia Leonarda, y con aquella luz se llevó la alegría del hogar.

La melancolía que dan las tinieblas vino a degenerar sobre la infeliz pecadora en la pérdida del juicio, y así durante largo tiempo vivió haciendo penar a los corazones que eran suyos.

Una plácida noche, que entiéndese que era del mes de agosto de 1633, llamó a Lope y, con gran mesura, cosa que ya en ella había largo espacio que era desusada, le dijo que tenía que hablarle despacio y con mucha urgencia; no poco se maravilló su merced de la cordura y equilibrio con que salían las razones de su enamorada, y así la dejó hablar sin poner él de su parte respuesta ni comentario alguno, por no perder una sola letra:

—Pues que Dios como a luz moribunda —dijo— permíteme este resplandor postrero, que es despertarme el juicio que por tanto tiempo estuvo dormido, dejadme hablaros. Por amor vuestro, me aparté hacia la cuneta de la honra, siendo hasta que os hallé muy bien casada, si no por la vida que me diere mi marido, por la fidelidad que supe guardarle; mas llegasteis vos y toda la fábrica de mi entereza y de mi virtud cayó en vuestros brazos. De esta caída me levanté con un ángel, que es esta hija que os dejo, y que por el Dios a quien servís, y con las últimas lágrimas que habré de llorar en esta vida, os pido que no dejéis en el abandono que usasteis con los hijos que tuvisteis de otras mujeres. Mirad que sea ella como puerto de refugio a vuestras pasiones y a vuestras angustias, y pedid a Dios, en el amor de nuestra hija, que a vos y a mí no nos tome en cuenta tantas cosas… Mas ¿qué es esto? La luz torna a mis ojos. Os veo. Las cosas se reflejan en mi retina como antes. ¡Ay, mi Dios, que ello es la vida!

Lope, fuera de sí por el contento que este inesperado prodigio le produjo, no acertaba a responder palabra; mas poco duró su asombro, porque doña Marta prosiguió diciendo:

—No os hagáis ilusiones, ni más contéis conmigo en la tierra, que esto no ha sido sino el estertor de la llama que se aviva fugazmente para apagarse. ¡Adiós…! Cuando haya escapado del mundo, traed a Antoñica, que me ponga en los ojos el broche de sus besos…

Y, para siempre, se extinguió aquella vida, que fue la última y más recia estrofa del erótico poema del capellán Fray Lope Félix de Vega…

***

En medio de las intensas borrascas que Lope capeó durante sus largos años, nunca se olvidó de tantos hijos como tuvo, y en aquel amor, que era el único puro que se mantenía en su alma, fue en lo que más sufrió, pues pocos se le lograron.

Unos morían siendo niños; otros, que sacaron la misma veta inquieta del padre, pero no su genio, acababan en brazos de la aventura; algunos, que sabían su condición bastarda y pensaban que serían mal mirados a los ojos del mundo hipócrita, entraban en religión y renunciaban al siglo detrás de los altos e inaccesibles tapiales de un monasterio, y aquel pedazo de su alma que más quería, en el que parece que resumió todo el senil amor que sintió por Marcia Leonarda —a la cual tuvo el duelo de ver morir sin luz en los ojos, que se le apagaron al recobrar la del entendimiento, que tenía perdida—, se le fue de su nido,

dejando la puerta entreabierta a la muerte, que entró allí a poco y se alzó con la vida gloriosa y fecunda del gran poeta.

***

Este postrero capítulo es el que trato humildemente de traer a cuento, en devoción y pleitesía de aquel ser extraordinario, así en sus aciertos de escritor, como en sus extravíos de hombre; acaso el único a quien se hizo justicia en vida, y que por la grandeza de su numen, fue llamado El Fénix de los ingenios…

Capítulo I

En el que trata de bosquejarse la tertulia de «El Fénix de los ingenios»

Todas las tardes, en el tiempo que ya «el bermejazo platero de las cumbres», como Quevedo apellidó al Sol, comienza a guiñar los ojos atormentados por la dulce incomodidad del sueño, aparece por la Puerta de Guadalajara un clérigo alto y enjuto, ya de alguna edad, pero todavía de buena presencia.

Más tipo tiene de caballero seglar que de ministro del Señor, y si no fuera por el descomunal sombrero de teja con que se toca, le tendrían por algún grave consejero de Estado, y cuando esto no, por algún taciturno prócer de la magistratura.

Dobla por la calle de Milaneses y entra en la de Santiago. Hacia el promedio de ella, hay una lonja del ingenio —quise decir librería—. Vale por arráez de ella un hombre que goza justa fama de discreto y aun de ilustrado; pero, más que la tienda, que está muy surtida de papeles y libros notables, así de ciencias como de historia, literatura y devoción, le da prestigio al mercader el ser padre de un licenciado que pasa por buen poeta entre muchos que lo son notables.

El clérigo alto y con trazas de prócer, llega a la puerta de la tienda y, antes de subir el escaloncillo que es frontera de la calle, dice, procurando aderezar con una forzada sonrisa la intensa palidez de su rostro:

—¿Dan posada a un peregrino?

El maeso sale a recibirle y le responde en el mismo tono:

—Si trae un poco de ingenio para pagar el hospedaje, que mucho lo dudo, pase adelante, y cuando tal no sea posible, le admitiremos de limosna, como cristianos que somos…

Y por cabo de la amistosa burla entra su reverencia.

Ya le esperan, como cosa de costumbre, además del dicho mercader Alonso Pérez, dos o tres hidalgos, que, con muestras de mucho contentamiento, le ofrecen lugar privilegiado. Lo acepta, y apenas si cobra un poco de sosiego, porque viene con algo de fatiga, comienza la charla, que siempre es agradable.

—¿Dónde anda el bueno de Juan Pérez, descanso de mis musas y discreto glosador de mi vida y pesadumbres?

—Calle su reverencia —responde el librero—, que hoy está del todo dejado de la mano de Dios. Cada día anda más fuera de sentido. Ahora dice que Vélez de Guevara y Quevedo pagan gente en los «corrales» para que les silben las comedias, y de ello tiene de quejarse al Conde-duque para que castigue tan grave sinrazón. Vuestra reverencia, señor don Lope, es el único que logra tenerle a raya; para él no hay más ingenio ni más autoridad en el mundo.

Y Lope de Vega —pues no es otro quien con tales muestras de cariño y de respeto es reverenciado—, dice al afligido padre, con bondadosa sonrisa:

—Déjele a mi cargo, que en manos de quien le sabe tañer está el pandero. Juan y yo hemos de hacer aún, si Dios es servido, muy buenas comedias.

Una tapada de muy gentil garbo entra en la tienda y pregunta si tienen la *Nueva gula de pecadores*; respóndele el mancebo que sí, y le saca un librico en octavo, que ella examina mirando de hito en hito hacia la calle, donde hay un lindo que pasa y repasa por delante de la puerta.

Vuelve el libro al mozo diciéndole que el que ella necesita no es de aquel autor, sino del Padre Ladislao; responde el mozo que no lo tiene y que ni siquiera tiene noticia de tal autor. Pide entonces la buena moza que le perdonen la molestia y, dando las buenas tardes, se retira.

A tiempo de volverse, se alza un poco el velo y todos advierten que tiene el rostro lindo, aunque muy amigo de la pintura.

Lope dice que ya la conoce porque es parroquiana suya en el confesonario, y que el libro que pedía, él se lo ha recomendado, aunque no le dijo de «pecadores», sino de «pecadoras».

Todos ríen la agudeza.

Bon Juan de Negrete, médico de Palacio, pregunta a su merced cómo le va del corrimiento que padece en los ojos; responde este que como Dios quiere y que, según parece, no quiere bien. Le aconseja aquel que use antiparras, y le responde Lope que las antiparras van contra la estética del rostro, y que solo las usan los presumidos, las dueñas, don Francisco de Quevedo, don Antonio de Solís y el cardenal Niño de Guevara, y más les hacen parecer búhos que personas.

Durante un buen rato, prosigue la charla hasta que entra Juan Pérez de Montalbán, hijo del librero.

Le reciben los «amigos» con algunos disimulados puntos de burla; Lope, con mucha amistad, y el padre, con harta pesadumbre…

Se oyen en esto las oraciones en San Miguel. Se alzan todos de sus asientos y las rezan con ejemplar devoción, llevando Lope el rezo, y así de como acaban dice:

—Queden con Dios vuesas mercedes —y tomando del brazo al distraído licenciado—: Ahora, Juanico, a pensar en esa comedia, dejaos de habladurías y a trabajar, que me he comprometido en serio con el bueno de Figueroa.

Toma una espada que le ofrece Alonso Pérez y que él discretamente se coloca debajo del brazo antes de embozarse hasta las cejas.

El mancebo de la tienda antecoge un farolillo de aceite, y se encaminan ambos hacia la calle Mayor, para dar de allí a poco en la de Francos, que es donde Fray Lope Félix de Vega Carpio tiene su morada humilde…

Capítulo II

En el que se ve la hombría de un padre de almas

Acababa de cerrar con recios nubarrones una cruda noche del mes de noviembre de 1634.

En las calles sucias y angostas que formaban el dédalo del barrio —que por la condición de la mayoría de sus vecinos, pudiera llamarse el Parnaso, comprendido desde el «Mentidero de representantes», que estaba como supongo que lo tendrás por averiguado, hermano lector, en la confluencia de las calles del «León» y del «Prado» hasta el final de la calle de «Atocha»—, no se veía una sola persona.

En la vecina parroquia de San Sebastián, se oyeron caer, lentas y graves, cuatro o cinco campanadas, cuyo eco, como si pareciera que también sentía poco gusto en esparcirse por unos ámbitos tan desapacibles, apenas dejaba estela alguna en el sonido.

Las tales campanadas no marcaban hora ni devoción alguna, sino que eran advertencia de que un alma estaba para partirse hacia los insondables misterios de la muerte, y así congregaban a los fieles que tuviesen a bien de acompañar hasta la casa del triste moribundo los postreros sacramentos que este recibía en la vida, como viático para emprender tan largo e ignorado viaje, cuyo itinerario aún no está registrado en guía ninguna.

Desde la cercana calle de las «Huertas», embocó en la del «León» un clérigo al que precedía un muchacho alumbrándole el camino con una linternilla.

Por guarecerse del peligro de ventanas y balcones —que ya a tales horas comenzaban a soltar el lastre de inmundicias y desperdicios de las casas, no sin que las fregonas más o menos ilustres, que este cuidado se tomaban, gritasen: «¡Agua va…!», a modo de advertencia, por si a la sazón acertase a pasar alguien tan desprevenido que no se acordase de lo que pudiera venirle desde lo alto, a manera de lluvia pestilente—, caminaban estas dos personas por medio del arroyo.

Cuando hubieron llegado amo y mozo a la calle de «Francos», tan pronto como apareció en la esquina el mortecino resplandor de la linternilla, se oyó un tenue silbido, y si el ensotanado no estuviese tan absorto como iba en sus pensamientos, hubiera visto correrse unos bultos hacia el final de la angosta vía.

No curó de esta circunstancia el ministro del Señor, y tengo para mí que en ello no obró como cuerdo, porque fuera curarse en salud, pues que en tales tiempos y a tales horas, no se podía caminar confiado por las calles de la Villa y Corte de las Españas.

Siguieron avanzando el clérigo y el acólito cuando, al llegar a la esquina del callejón que llamaban del «Niño» y hoy se llama de «Quevedo», en memoria de que en él tuvo una casa el príncipe de los satíricos españoles, al tiempo que una voz gritaba: «¡Él es!», se le echaron encima tres o cuatro malandrines.

Uno de ellos, de un furibundo puntapié, arrancó la mortecina linterna de la diestra del atolondrado mochil, el cual, yendo a guarecerse en el quicio de un postiguillo próximo, ni aun fuerzas parecieron quedarle para reclamar auxilio.

Pero el sacerdote no iba desprevenido ni mucho menos, pues tan pronto como vio que aquellos desalmados, con las «negras en cueros», le acosaban como fieras, dando un formidable brinco, se fue a resguardar la espalda contra la pared y, desenvolviéndose del amplio manteo, que con singular habilidad se rodeó al brazo siniestro para quitarse los golpes con que le acometían, empuñó en la diestra mano una recia espada de anchos gavilanes, que, por él manejada, era mortífero rayo, que tenía a respetable distancia a los cobardes malandrines. No esperaban ellos tan bizarra resistencia y, si como parece y entonces solía ser traidora costumbre entre los que tenían que vengar agravios y no querían exponer la piel a que saliera ilustrada con un chirlo, eran pagados para que hicieran su mala obra, no ganaron el estipendio tan sosegadamente como se tenían prometido.

El clérigo, con ser tal y a lo que advertirás cuando tengas la satisfacción de conocerle, hermano lector, manejaba el acero con tanta destreza y bizarría como supiera hacerlo el maestro más hábil, de suerte que no tan solo no llegaron a tocarle sus asalariados ofensores, sino que los formidables tajos y las certeras estocadas con que tan denodadamente se defendía, encontraron por más de dos veces carne pecadora en donde hendirse.

El ruido de las espadas con la soledad de la noche, aunque ya queda dicho que no era la hora muy avanzada, trajo luces en las ventanas y en los balcones; los facinerosos, para no ser sorprendidos, se escurrieron por la dicha calle del «Niño»—que iba a dar en la de «Cantarranas»—, sin haber hecho un solo rasguño ni en la piel ni en las ropas del arrojado clérigo, que, por la muestra, había de ser más a propósito para mandar una compañía en servicio del Rey que para sustentar a Jesús Sacramentado entre las manos.

Como estos servidores del Altísimo, ha tenido España, en todo tiempo, legión para gloriarse y para avergonzarse.

Desde los primitivos que ayudaron a la reconquista de la Península hasta los que muchos siglos después pelearon por la independencia y por el fanatismo, poniendo como pendón, más bien que como caudillo, a un ente tan estrafalario y cretino como el infante don Carlos María Isidro, cuya causa, más que un derecho legítimo, era una extemporánea defensa de los fueros de la Religión, se han dado profusamente los clérigos de armas tomar, que así daban una estocada a un hombre como le disponían a bien morir, viéndole con el alma en la boca.

De la tal clerecía pecadora salieron héroes y mártires, como el obispo Acuña, El Cura Merino —este en su primera época—, y facinerosos, como el traidor don Oppas, y a muchos siglos de distancia, aquel infame frailazo llamado El Trapense, el dicho Merino en su cruzada en favor del absolutismo y el cura Santa Cruz en la segunda guerra carlista.

***

Cuando los vecinos acudieron a prestar a su reverencia el auxilio, que ya no era menester, la hoja de la tajante espada estaba teñida de sangre, señal elocuente de que alguno que, como dicen, «había ido por lana y salió trasquilado», hasta el punto de quedar en riesgo de dejarse la pelleja en la tizona del cura, el cual, entrando por el postigo de la casa que le valiera para resguardarse del ataque y que había sido franqueada al oírse el estrépito de los aceros, entró diciendo:

—¡El muy rufián, ya que no puede quitarme la honra, quiere alzárseme con la vida! Esta hija, que no quiere ser buena, tiene que acabar conmigo. Dios me tome en cuenta estas pesadumbres, al cabo de mis años, en descargo de los muchos errores cometidos en la mocedad y aún en la edad madura…

Capítulo III

En el que se ven las pesadumbres de un padre de familia

El tal ministro del Señor, que, por lo que se ha visto, tan bien acertaba a repartir tajos y mandobles, cuando le agraviaban, como bendiciones, al tiempo de estar en ejercicios de su alto ministerio, no era otro que Fray Lope Félix de Vega Carpio, a quien, por el prodigio extraordinario de su numen y la cantidad fabulosa de sus obras, llamaban El Fénix de los ingenios españoles, y también, de otro modo, Monstruo de Natura; era aquel único poeta a quien los reyes solían responder afectuosamente a su saludo, donde quiera que le hallasen; era aquel que tenía franca y honrosa entrada en todas las casas de la nobleza castellana; era aquel contra quien las sátiras y los vejámenes llegaron a constituir delito; era, en fin, el ser privilegiado, al que por tan superior tenían altos y bajos, que para hacer elogio de la bondad de una cosa, aunque esta nada tuviese que ver con las Musas, se decía que era «de Lope».

¡Válgale Dios! ¿Quién le dijera que la admiración y el respeto que ordinariamente hallaba en las antecámaras palatinas, en la calle y en los estrados, no había de encontrarlos en su mansión de la calle de Francos, en donde vivía con su hija Antonia Cara, una dueña quintañona, y aquel muchacho que, poco antes de la pendencia, venía alumbrándole el camino con la mortecina luz de una linterna?

Allí, no siendo las gentes de fuera, que ordinariamente llegaban a admirarle y, en algunos crepúsculos del invierno, a hacerle un poco de tertulia, no se topaba sino con los caprichos de una niña mimada, las quejas de su otra hija Feliciana, que, aunque había casado con un buen hombre, las enfermedades y las privaciones tenían de continuo el «¡ay!» en los labios.

Por estas y otras miserias, así del espíritu como de la vida ordinaria, tenía que buscar siempre, como paño de lágrimas, a su grande amigo y protector el opulento don Luis Fernández de Córdova Cardona y Aragón, duque de Sessa, el cual, como mucho fiaba y muy bien sabía servirse del alto y privilegiado ingenio de su merced, le buscaba para cazar alondras con espejuelos de oro.

Muchas de aquellas cartas y eróticos versos con que el capellán poeta rindió la hermosa fortaleza y vidriada virtud de doña Marta de Nevares, el postrero martelo con que profanó su condición sacerdotal, sirvieron para que el prócer ganase placenteras «batallas de amor en campos de pluma», como dijo el culto racionero de la catedral de Córdoba, don Luis de Góngora, y tantas veces parece que tuvo que repetirse el milagro que ya no bastaron las que se aprovechaban después de haber surtido efecto y tuvo que escribir nuevas cartas y rimas, pues el duque, veinte años más joven que su secretario, cada día asaltaba una plaza nueva.

***

Entró su merced en la casa, arrojó el manteo y la canal sobre una silla, puso la espada en un rincón y, encarándose acto seguido con una lindísima damisela, como de diez y seis a diez y ocho años, que con muchas mimoserías salió a recibirle, le dijo, rechazándola el beso que, sin duda, más por disimulo que por verdadero cariño nacido del corazón quería ponerle en las mejillas:

—No es tiempo este de carantoñas; mas lo sería si tuvieseis sangre de buena hija para preguntarme si había sufrido algún mal, y si tuvieseis no más de dos adarmes de vergüenza, para no poneros delante de mí. Mas, como dijo el otro, mañana amanecerá Dios y medraremos. El convento de las Trinitarias será con vos como fue con vuestra hermana Marcela.

La muchacha, que era un lindo capullo de mujer, pero de gesto un tanto cínico, aunque no respondió palabra a la reprimenda del descompuesto sacerdote, no dio muestras de afligirse mucho ni poco con tan agrias admoniciones y solo replicó, aderezando un gracioso mohín con el que miró a deshacer la nube:

—Y, ¿qué culpa tengo yo, padre y señor, del mal suceso que os haya podido acaecer en la calle? ¿Pensáis que no lo he visto tras los vidrios del balcón y que no estuve con el alma en pena mientras que con tan gentil denuedo sabíais desembarazaros de los infames que querían dejarme huérfana? Ya sabéis, señor, que Madrid está lleno de infames y capeadores, y, por ello, os tengo dicho tantas veces que no quiero que estéis fuera de casa después de anochecer.

Y, según iba diciendo tales palabras, como sabía que con ellas ganaba la voluntad del insigne autor de sus días, se le fue acercando hasta tenerle abrazado, buscando con los carnosos labios las enjutas mejillas, en las que ya el rigor del tiempo había dejado hartos y profundos surcos.

—¿Pensarás, ¡loca! —exclamó Lope, no dándose todavía a partido con tales carantoñas—, que no sé que esos gallofos pertenecen a la cáfila de ese rufián de don Ramiro que tan deshonestamente te corteja?

Ante tamaña acusación, que, sin duda, estaba la buena moza a muchas leguas de esperar, se le bajaron los brazos que tenía enlazados al cuello de su padre y apartó la linda faz que en esa otra tenía apoyada.

En este momento, el autor ilustre de *La Dorotea* y de aquella gentil pecorilla, metió mano en las profundidades de la sotana y, sacando de ella un papel hecho muchos dobleces, le dijo, ofreciéndoselo:

—Lee.

Antonia Clara, con los ojos puestos en el suelo, no hizo ademán alguno para tomar el papel; entonces, su padre, asiéndola de la mano, la acercó más a la mesa, llena de libros y papeles, sobre la que presidía un rico velón de cuatro mecheros y, desdoblando el plieguecillo:

—Escucha —le dijo—, y comenzó a leer de esta suerte:

«Mi señor don Lope: Por lo mucho que os debo y porque tanto me alegran las venturas como me duelen las pesadumbres de vuesa merced, quiero prevenirle de un gran peligro que le amenaza, y el cual, con tenerle, como quien dice, delante de los ojos, no para mientes en él. Sepa que para esta noche, en vista de la oposición que vuesamerced hace a sus amoríos, tienen concertado su hija Antonia Clara y ese bellaco de don Rodrigo, que

fue yerno del Conde-duque de Olivares, huir lejos de vuestra casa, con el crimen de su pasión. La hora convenida es la de las nueve de la noche. Esté vuesamerced prevenido, pues que el tal bellacuelo injerto en noble de sangre, más no de alma, sabe resguardarse muy bien las espaldas. Me pesa que este aviso leal y sincero vaya sin la garantía de la firma, pero es que ciertamente no la tiene, por ser yo uno de tantos que, para su desdicha, viven fuera de la ley, y a quien le fue propuesto formar la cuadrilla que habrá de acometeros, pero la mucha vocación que tengo a vuesamerced por ser quien es, me fuerza a renunciar. Más de dos veces le tengo besada la diestra en la calle, y dado ¡vítor! a sus comedias en el corral del «Príncipe».

»Así, Dios le guarde, y por mi desinteresada advertencia le saque con bien de este mal paso…».

***

Tornó Lope de Vega a doblar el papel muy cuidadosamente y se quedó un breve instante esperando la respuesta o el comentario de su hija, la cual, al sentir sobre sí el fuego de los ojos paternos, no pudo por menos de caer de rodillas, exclamando:

—¡Perdón, padre y señor…!

—Dios proveerá mañana —exclamó el malaventurado Lope, y, soltándose de la mano filial que le tenía asido, salió despacio de la estancia, yéndose a recluir en aquella otra en la que ordinariamente —por decirlo a lo culto, según costumbre de la época—, era laboratorio de su privilegiado ingenio y santuario de sus venturas y desventuras.

Capítulo IV

Las flores de sus pecados

A solas con sus pensamientos, sentado junto a la mesa en donde cada noche tejía la corona de su inmortalidad con versos y comedias, comenzó a meditar en las causas de aquella pesadumbre, que casi al final de su vida le entraba por las puertas del alma.

Aquella Antonia Clara, el postrero retoño de sus pasiones, que le floreció en terrenos del pecado mortal siendo ya ministro del Señor, tenía tantas y tan agudas espinas en su tierno tallo, que cada arañazo que de ellas recibía, bien puede creerse que al mismo corazón le llegaba.

Muerta su madre, el más intenso amor que en los muchos que se empleó el autor ilustre de *La dama boba* tuvo en todos los días de su vida, a la muchacha se dedicó por entero, aunque no ciertamente con aquella autoridad que bien tiene todo padre que desee sacar adelante a sus hijos.

Y la mozuela, voluntariosa y mal criada por su misma madre, doña Marta de Nevares, que nunca fue un modelo de virtudes, por cuanto siendo mujer legítima, aunque al parecer, en ninguna manera dichosa, de Roque Hernández, villano adinerado, se amancebó abiertamente con Lope, a quien conoció en una de las cultas academias con que gustaban de entretenerse en aquellos lejanos tiempos cuantos a los halagos de las Musas no eran insensibles.

Antonia Clara fue el fruto de aquellos adúlteros amores, viviendo todavía el infortunado marido de su madre, el cual, como editor responsable, la cogió por hija legítima, sin tener arte ni parte en ella, más que el haber nacido en su casa de la calle del «Infante».

Lope, aprovechándose de la ceguera moral que aquel pobre hombre padecía, había tomado, como quien dice, carta de naturaleza en aquel nido deshecho, figuró en el bautizo de su verdadera hija como capellán celebrante y, muerto que fue el mal casado, de allí a poco tiempo, más que de viejo y por la fuerza de los achaques se entiende que por no sufrir más escarnios en público y en privado, pues los cínicos amantes no se recataban poco ni mucho para ponerle en ridículo en todo momento, hasta el punto de que su martelo era tema de todas las conversaciones y sobre todo entre gente de letras, de la que salieron tan donosos comentarios como este de Góngora, pues ya es sabido que el ático y maldiciente don Luis no tenía pelos en la pluma cuando de zaherir y molestar a Lope se trataba:

Dicho me han por una carta
que es tu cómica persona
sobre los manteles mona
y entre las sábanas Marta;
agudeza tiene harta
la que me advierten después,
que tu nombre del revés,
siendo Lope de la haz,
en haz del mundo y en paz
pelo de esta Marta es.

El mismo Lope no tuvo empacho en escarnecer la memoria de aquel infeliz, en la dedicatoria a la desenvuelta doña Marta, de su comedia *La viuda valenciana*, en la que, burlándose poco piadosamente del cornudo difunto, dice entre otras cosas: «la señora muerte en figura de redentor de la Merced, la sacó (a doña Marta), de Constantinopla y de los baños de un hombre que comenzaba a barbar por los ojos y acababa en los dedos de los pies. Oí decir que la madre del tal difunto era de Osuna, o que al hacerse preñada pensó en un cofre… Él tenía estas gracias, y por añadidura el más grosero entendimiento que ha tenido celoso, después que se usa estorbar mucho y regalar poco. ¡Bien haya la muerte!, pues lo que no pudiera remediar la física humana, acabó ella en cinco días con una purga sin tiempo, dos sangrías anticipadas y tener el médico más afición a la libertad de vuesamerced que a la vida de su marido. Puedo asegurarle que se vengó de todos con solo la duda que nos tenía de si se había de morir o de quedarse; tanto era el deseo de que se fuese, no porque faltase, porque él siempre faltó, sino porque, habiendo imaginado que nos dejaba, fuera desesperación volver a verle…».

Por tal «oración fúnebre» tan descaradamente escrita, por todo un sacerdote del Altísimo, puede imaginarse qué clase de honores harían al desdichado Roque los amartelados adúlteros, estando el tal en buena salud y en plena posesión de su mujer.

Decía pues, que libre ya doña Marta de aquel matrimonio al que, en verdad, le forzara la codicia de sus padres, trasladó Lope a la madre y a la hija a su casa de la calle de Francos, desde la que ambas habitaban en la del Infante.

Y pareció que quien tan expansivo y pródigo fuera hasta entonces con sus pasiones, que nunca una sola mujer, ni aun las dos veces que consagró su amor en los altares, pudo

ufanarse de ser la dueña absoluta de su corazón, en aquellos dos amores que le salieron al paso acabó su vida.

Los otros hijos que había, Marcela, Feliciana y Lope Félix, parecían quedar relegados a un plano inferior ante el brote del nuevo retoño, y como hablando en verdad, parece cosa cierta y averiguada que nunca le desvelaron mucho, pasada la edad de la infancia, de que advertían la indiferencia del padre, todos se le desparramaban por los caminos del mundo; unos se le casaron obscuramente, como Feliciana; otros profesaban en religión, como Marcela y algunos iban a morir en servicio del Rey, como Lope Félix.

Antonia Clara, según queda dicho, absorbió por entero el amor de todos, y aún más, si más podía ser, desde el punto y hora en que quedara huérfana de su madre; triste suceso que vino a acaecerle un año antes del que se comienza esta verídica relación, que es una de las más dolientes páginas de la novelesca vida del gran poeta.

Todo iba bien, con las benevolencias del blando padre, que va más que como tal, como abuelo, no sabía negar capricho a la gentil Antoñuela, que así en los donaires como en el garbo, iba sacando el buen rejo de su madre, hasta que un día apareció un galán rondando la calle.

En un principio, como la vecindad no era muy honesta, pues ya es sabido que estos barrios de las Huertas tuvieron durante mucho tiempo privilegio de ser domiciliarios del ingenio y del amor de entrepierna, pensó Lope —puesto que su hija Marcela ya había, a la sazón, profesado en el cercano monasterio de las Trinitarias y Feliciana había matrimoniado— que el tal galancete en agraz vendría al olor de la carne de falda que en una de las cercanas mancebías se daba toda patitendida y destapada, y así no curó de espantarle.

Pero, una tarde, que venía a recogerse antes de lo que ordinariamente tenía por costumbre, se halló con que aquella guarda cuidadosa no era por otra buena moza que por su hija, pues que a la misma reja que correspondía su aposento estaba arrimado el galán, con evidentes muestras de que de dentro le escuchaban muy complacidamente.

Apenas los inadvertidos amantes atisbaron a su merced, la damisela se retiró de la ventana y el galán hizo la deshecha.

Bibiana, la dueña, a quien Lope pidió razón de aquel idilio, que tan mal le sabía por la extrema mocedad de la muchacha, que más cerca estaba de entretenerse aún con las muñecas que de andar en coloquios de enamorada, cantó de plano cuanto sabía sobre el caso, así como advirtió el mal talante con que su amo le preguntaba.

Según la dueñil opinión —sostenida favorablemente, sin duda, por lo bien que le pagaban sus servicios—, no era malo ni mucho menos aquel martelo, pues el que con tantas ansias de emparentar con su merced se llegaba a la reja y en saliendo la niña a la calle no la perdía pisada, muy honrado era y conocido de su reverencia, pues que no era otro que don Ramiro Núñez de Guzmán, marqués de Toral, que pocos años antes entrara en la orgullosa familia del Conde-duque, llevado por la mano de la hija de este, doña María, matrimonio al que Dios no quiso conceder más de un año de ventura, ya que la alcurniada esposa falleció al tiempo de dar el primer fruto de bendición.

Cuando Lope oyera tales informes se paró mortal, pues en seguida entendió que el tal galán no iba por el camino honrado, y solo quería embadurnar de deshonra sus gloriosas canas, y así, desde aquel mismo instante, miró a que se malograsen los pasos de aquel peligroso noviazgo. En un momento, tomó reflejo en su memoria la figura de aquel que tan a traición quería hacérsele padre de sus nietos.

Le conoció El Fénix cuando por los años de 1624, deseando congraciarse con el poderoso valido, que por la abulia del rey era el verdadero dueño y señor de España, le dedicó su libro *La Circe*, y en el año siguiente honró a la orgullosa y rancia mujer de Su Excelencia con la dedicatoria de sus *Triunfos divinos*.

A la sazón, el dicho don Ramiro, que por muerte de su padre era tronco de la antigua y rica casa de Guzmán, acababa de casarse con la hija del primer ministro de Felipe IV, y todos los agasajos de su poderoso suegro no eran sino para él, el cual, por su parte, se cuidaba de que el favor alcanzase a sus amigos.

Como los más de los próceres de entonces solían tener al retortero una especie de cohorte que halagase sus vanidades y cantara, asalariadamente, sus vidas y milagros, parecía tener privilegio de este cuidado con don Ramiro el mexicano ingenio de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, que ya había inmortalizado su nombre con dar a la escena tan lindísimas comedias como *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen* y *El examen de maridos*; para este poeta, pues, eran todas las mercedes que el afortunado yerno lograba de su poderoso padre político, dejando *In albis* a los que no se llevaran bien con el dicho corcovado, que, como se sabe, eran todos los más ilustres del parnaso castellano.

Su excelencia, que, al título de marqués de Toral, unía el de duque de Medina de las Torres, privaba como uno de los más elegantes lindos de su tiempo. De continuo andaba por los vestuarios de los «corrales», hocicándose con comediantas de buen rejo, y él parece que fue la primera abeja que libó mieles en las buenas partes de la famosa *Calderona*, de la que hizo cesión al monarca, para darse luego el gusto de cazar amores vedados en su mismo coto.

En virtud de ser el marquesito de Toral muy amigo del lujo y de recoger las pocas modas que a la sazón entraban en España por el Pirineo, había que apuntar en su cuenta la novedad de ser el primero que admitió cristales en los coches, que hasta entonces iban descubiertos, aunque fuese lo más crudo del invierno.

Viudo don Ramiro al poco tiempo de su matrimonio, aunque cobró una pasión de ánimo que estuvo a dos dedos de hacerle profesar en un monasterio, presto los consuelos de sus amigos y la lozanía de la mocedad le hicieron volver a los caminos del mundo, y parece que fue entonces cuando Lope miró a traerle a su campo para quitarle influencia al poeta de las corcovas.

A este efecto, se dio maña para que el codiciado prócer acudiese a la representación de una comedia en la que *El Fénix* tendría que leer un nuevo poema y su hija Antonia Clara cantaría unos villancicos, compuestos por su insigne padre para que, en la navidad de aquel año, los cantasen las monjas «trinitarias», donde su hija Marcela era profesa.

Mal logro tuvo el egoísta fin de Lope, porque acaeció que el de Toral, más admiración que al poema de su merced mostró a los villancicos, y aun más que a ellos a la linda cantora que los puso en su boca.

Tampoco esta fue esquiva a los elogios y finezas del alcurniado admirador, y como ambos estaban en plena primavera de la vida presto se entendieron sus corazones.

Antonia Clara amaba por vez primera, y subyugada por las ternezas y la arrogante presencia de su galán, se dio toda entera en un crepúsculo otoñal, en aquel mismo cenador del jardín en que su padre gustaba de mirar sus flores de la tierra y pensar en el mejor cultivo de las de la fantasía.

En cambio, Lope no pudo gloriarse de haber ganado un solo escalón en la nueva influencia que deseaba conquistar, y aun parece que estuvo muy en riesgo de caer en desgracia en el favor que su constante mecenas el duque de Sessa le dispensaba, que no gustaban los nobles de entonces que aquellos a quienes tenían bajo su amparo y honraban con su amistad buscasen nuevas banderas donde prestar servicio.

Como don Ramiro Núñez de Guzmán, para correr la posta de este nuevo amor, crecido en el mejor jardín de la Corte, andaba disfrazado, Lope no pudo darse cuenta de quién era el hombre que ordinariamente encontraba en los crepúsculos del día, rondando los aledaños de su casa.

***

Consultó Lope el caso, como tenía por costumbre en todos los actos de su vida, con su grande amigo el duque de Sessa, y este prócer, que ciertamente no tenía buena opinión de cuanto llegara de la parte del Privado, desde luego puso el veto a tal pretendiente.

Bastó a *El Fénix* conocer tal opinión —aunque ya la que particularmente tenía formada tampoco era muy favorable— para que, desde aquel momento, pensara seriamente en deshacer el idilio que tan en cuidado le tenía.

Y como su merced no era hombre tardo ni poco expeditivo en sus resoluciones, de allí a dos días, aprovechando una regia fiesta en los regios y deleitosos vergeles de «El Buen Retiro», buscó al exyerno de Olivares, y sin rodeos ni medias tintas, le llamó aparte y le habló de esta manera:

—Señor don Ramiro: Un ruego quiero hacerle, que por la limpieza de su sangre, el respeto de mi nombre y la ancianidad de mis carnes, confío en Dios que habré de ser atendido.

El prócer galán que —como dicen— ya tenía barruntos del pie de que cojeaba el padre de su amada, se dispuso a escucharle, aunque siempre desde la altura de su condición social, pues para un noble de entonces, y aun estoy por decir que de los de ahora, no hay más jerarquías que la de la raza, que es la única que no tiene razón de ser.

—No espero más de vuecelencia —prosiguió Lope—, y en pocas palabras quiero rogárselo para incomodarle lo menos posible, que desde ahora mismo abandone el entretenimiento amoroso que tiene con mi hija Antonia Clara. Si fueras de su misma clase y condición, nada os dijera, pues, al fin, los hombres y las mujeres no estamos en el mundo para otra cosa que para atraemos y unimos con el fuego de los corazones; pero, mediando la distancia de jerarquías que hay entre los dos, no se puede llegar a tal término sino a costa de la honra de ella y de la vergüenza mía. Así pues, mi señor don Ramiro, como padre amoroso, que sobre la faz de la tierra no tiene otros bienes que el amor de aquella hija, vuelvo a pedirle de rodillas, si vuecelencia lo quiere, por verme más humillado, que borre a mi Antonia de su pensamiento y la destrone de su corazón.

Se quedó el mozo un buen espacio sin saber qué decir, puesta la vista en el suelo, como si atendiera a mirarse los lazos del calzado, y dijo al cabo:

—Señor don Lope, no sé qué daño pueda seguirse, ni qué deshonra venga aparejada en que yo tenga amores con la hija de vuesamerced, pues que soy hombre libre, y a lo que yo sé, no tiene Antonia Clara vocación de monja, como su hermana Marcela. Dejad, amigo, correr el tiempo, que tal pueden caer los dados, que, como dijo el otro, todo se quede en casa.

—¿Qué es lo que vuecelencia quiere decirme…? —exclamó el gran poeta, conociendo que comenzaba la paciencia a echársele hacia la cuneta de la desesperación, viendo cómo aquel mozalbete ensoberbecido por su alcurnia no le trataba con la consideración que le era debida.

A lo que respondió don Ramiro:

—Que a tanto pudiera llegar el pleito que le pidiera algún día a su merced la mano de su hija; cosa que, después de todo, ni a mí ni a vuesamerced nos estaría muy mal, pues que la nobleza del ingenio y de la sangre llegarían a vivir bajo un mismo techo.

En las venas del cantor insigne de *Amarilis* hirvió la sangre montañesa que por ellas corría y replicó:

—A vuecelencia puede que le estuviere tan bien como piensa, pero no a mí, que tengo bastante con quienes fueron mis padres y con lo que yo soy; de suerte, que antes lo hice, y ello será bien para la paz de ambos, pues aunque me mira vestido de lana —de manteos quiero decir, ya me entiende— no se piense que soy borrego.

Iba a responder a tono el soberbio y confiado galán, pero a ello no le dio tiempo el orgulloso desvío del que, con tanto ahínco, no quería pasar plaza de suegro, el cual, volviéndole despectivamente la espalda, remachó con tales palabras el clavo de su decidida e inquebrantable resolución.

—Pienso que ya hemos hablado bastante sobre el caso y como en lo que a mí puede tocar no tengo más que decir, me retiro a donde me parece que he de encontrar más agradable compañía que la vuestra.

Y sin mirar siquiera el mal efecto que tales razones harían en el marqués, echó por una florecida senda que le llevaba a un grupo mixto de senado y academia, compuesto por el marqués del Carpio, Vélez de Guevara, don Antonio de Mendoza, el licenciado Francisco de Rioja y el conde de Montalto.

Capítulo V

En que «El Fénix» se refugia en las mesas para olvidar su pesadumbre, y el mal amor persiste en correr cuesta abajo

Quien amanece al sol, quien al sol dora
dejando libre discurrir el pelo
por el blanco marfil y debe al Cielo
las rosas que la noche le colora;

parece que en las gracias que atesora
que a la Naturaleza dio desvelo
y que en las luces del celeste velo
buscó ella misma su primer aurora.

Si sois amor para robar despojos,
su hábito de niña hoy cesa, hoy para

cuanto de su rigor causaba enojos,

que si fuérades vos Antonia Clara,
la niña de las niñas de sus ojos,
rompiera el arco Amor; mirar bastara…

Revolviendo Lope de Vega unas gavetillas de su escritorio en busca de unos apuntes que eran necesarios para dar comienzo a una nueva comedia, que bien pudiera trocarse en otro florón de su fama, siendo Apolo servido, topó, sin buscarle, con aquel magnífico soneto que no mucho tiempo antes tuvo que componer a la gentilísima bizarría de Antonia Clara.

Con el papel entre las manos estuvo mucho espacio, pareciéndole cosa de terrible pesadilla, atormentadora cruel del sueño, que aquella carne de su carne a quien con tan bellos versos había retratado, fuese por dentro tan diferente como por fuera parecía.

De no ser él su padre, ¡qué otro soneto pudiera hacer pintando la frialdad de su corazón para todo otro amor que no fuese el de su galán!

Guardó el papel en el mismo sitio que hubo de encontrarle y prosiguió la busca de los apuntes que a la sazón le eran necesarios.

El trabajo le serviría de alivio a la intensa pesadumbre que entenebrecía su alma.

Lope, entre las flores de su huertecillo y los versos de sus comedias, no se acordaba de que era hombre.

El trato y comercio con las Musas le hacía olvidar las infinitas y crueles espinas de que están orillados los caminos del mundo.

En tanto que en aquella estancia el genio de «El Fénix» procuraba dar un nuevo parto de su genio a las letras castellanas, sonó en la calle un agudo silbido; a su eco, como quien ya le esperaba, acudió al postigo del huerto Antonia Clara. Por la parte de fuera se acercó un hombre embozado hasta los ojos; cautelosamente y agachándose puso los labios en el ojo de la mohosa cerradura y dijo en voz baja:

—¿Recibiste el papel?

—Sí; mientras mi padre estaba en la academia de los «Selvajes»; me lo entregó Bibiana, pero has de saber cómo mi padre está enterado de nuestra decisión, pues no ha faltado un alma piadosa que se lo escribiera —respondió desde dentro la desatalentada damisela.

No se esperaba esta noticia el seductor, así es que tan pronto como tales palabras traspasaban el pabellón de sus oídos estuvo algunos instantes sin responder; pero tan arraigada tenía su mala idea que, obstinado en ella, replicó al cabo:

—Con todo y con eso mira a estar prevenida esta noche a la hora que te digo, porque esta noche ha de ser o no será nunca. Alrededor de las nueve, cuando oigas el canto del mochuelo, indústriate como puedas para salir; yo te esperaré en la calle del «Niño». Bibiana lo tiene todo prevenido; no habrá forma de que tu padre se entere hasta que hayas abandonado la casa, y entonces ya no podrá hacer nada para impedirlo, pues que a la entrada del «Prado», en la esquina del palacio de Lerma, nos esperará un coche que tendrá que llevarnos lejos de Madrid.

A este tiempo, el perrillo guardador de la finca apareció, y como olfateara gente extraña por fuera, comenzó a prevenir ladridos de alarma, los cuales fueron atajados por Antonia, acariciando al celoso gozquezuelo y diciéndole, como si el animalillo tuviese discernimiento para comprenderla:

—¡Calla, *Burguillos*! Pues, ¿no le conoces, que es quien todas las tardes te trae aquellos bollos de tahona que tanto te gustan, y con los que te hace ser más manso que un borrego? No ladres a quien tiene que ser tu amo y a ambos ha de damos la libertad.

Poco más hablaron los amartelados, pues el riesgo en que de ser sorprendidos estaban les hizo ser parcos por aquella noche en la expresión de sus arrullos.

Con un par de suspiros más y dos ¡almas mías!, que en una sola se fundieron, se apartaron volviendo a reiterar el galán la precisión de ser puntuales a la hora de la cita, tras de la cual les esperaba la felicidad de un amor sin límites…

Despaciosamente, entró Antonia Clara en la casa, tanto por retrasar el momento de encontrarse con su padre, como por mejor preparar a solas, en la penumbra que empezaba a envolver el jardín, las cosas de la fuga y hacer un poco de examen de conciencia sobre el mal paso que iba a dar, y que seguramente le cerraría las puertas de aquella casa.

Y a buen seguro puede tenerse y declararse como cosa cierta que no dejó de acontecer, pues aunque casquivana y de poco seso no estaba la muchacha tan ayuna de sentimientos, que derramó algunas lágrimas al mirar por última vez aquel huertecillo en el que crecían y morían sus hermanas las flores.

Acababa de sonar el toque de ánimas en la vecina iglesia de San Sebastián y en el aún más cercano monasterio de las «Trinitarias» (en donde Lope tenía en clausura a su otra hija Marcela, aquella que era fruto de sus lejanos amores con la comedianta María de Luján, a la que poéticamente llamó *Camila Lucinda*), cuando salió su merced del estudio y, topándose con la fámula Bibiana, la mandó poner un cubierto más en la mesa y añadiese algún palomino a la cena, pues que el doctor Juan Pérez de Montalbán tendría que acompañarles a «hacer penitencia».

Se dirigió luego al aposento de Antonia Clara, la cual tenía cerrada la puerta. Atisbó el infeliz padre por la cerradura, y como la viera de rodillas ante un primoroso crucifijo de talla, no quiso interrumpirla en tan piadoso menester. Acaso estuviera su alma atormentada en vías de arrepentimiento.

Por despejarse algún tanto el magín de tristes pensamientos y de versos, que en verdad no le habían florecido en aquel crepúsculo con la lozanía en él acostumbrada, bajó al jardín y, contemplando sus flores a la pálida luz de las estrellas, se dispuso a pasar el tiempo hasta que le avisaran la llegada de su discípulo y amigo Montalbán, con quien, por aquellos días, había comenzado a escribir una comedia circunstancial, titulada *La venerable Orden Tercera de San Francisco*, que, una semana antes, le encargara para actuar en Madrid el comediante Alonso de Figueroa, autor del corral del «Príncipe».

Esta es otra página anecdótica de la vida de «El Fénix», que merece ser recordada, como una muestra de su pasmosa fecundidad y del alto prestigio que gozaba en el favor de las gentes.

***

Por aquellos años de 1633 a 34 andaba la Villa y Corte de las Españas muy pobre de divertimientos públicos.

A cada paso llovían premáticas y ordenanzas contra las comedias, y cuando se representaban, pasada la Pascua de Resurrección, solían ser tan maltratadas por los «mosqueteros», a quienes solamente las de Lope parecían bien, que los «autores» no se determinaban a hacer asiento en Madrid.

Los «corrales» de la «Cruz», el «Príncipe», «Burguillos» y «Cristóbal de la Puente» se veían sin alma.

Madrid sin comedias perdía mucho de su encanto, porque la representación de ellas era casi obligado entretenimiento. Se desperdigaban los representantes por la Península, y la capital del reino estaba sin ellos triste y de mal color.

En el «Mentidero de representantes» se veían famélicos grupos de cómicos sin contrata, con los rostros llenos de lamparones y las personas cubiertas de harapos. En verdad, que no parecían sino veteranos de Flandes o pordioseros de la vecina iglesia de San Antonio, que alongaban las fronteras de su demarcación.

Alonso de Figueroa, «autor» que gozaba de mucho prestigio entre los de su clase, era por extremo famoso en las tragedias heroicas y sabía poner en los autos sacramentales aquella solemnidad que es menester para el buen logro de la piadosa farsa, consiguió aquel año licencia del Concejo para hacer en el «Príncipe» la Octava del Corpus.

Mas, apenas logrado el permiso, estuvo muy al cabo de volverse atrás, porque se halló con que no tenía obras que poner en escena, ya que ningún poeta de fama se había dado prisa en cortar las flores de su ingenio.

En tal apuro se fue a ver a Lope de Vega, que también por el entonces estaba mano sobre mano.

—Solo vuesamerced podrá salvarme —le decía el apurado Figueroa.

—Mire —le replicaba «El Fénix»— que a la hora presente no tengo nada pensado, ni querría meterme en trabajo hasta que pasara el estío; haga ahora lo que tenga, que para entonces yo le prometo algo que valga la pena.

Pero, con tales razones y tan apretadas súplicas insistió el cómico, que al cabo le respondió el poeta:

—Si de mí depende su tranquilidad bien puede quedar sosegado desde ahora. Con Montalbán tengo hablado algo de una comedia que deseábamos hacer despacio; le diré lo que hay esta misma tarde y veremos lo que puede hacerse.

Figueroa vio, como dicen, el Cielo abierto, y a punto estuvo de abrazar al maestro insigne que escribió *El mejor alcalde, el Rey*; pero no se atrevió a tanto por el mucho respeto que le tenía.

—Pues, ¿cuándo le parece a vuesamerced que vuelva por esta calle de «Francos», que es la calle más florida de toda la vega del Parnaso?

—¿Qué día es hoy? —preguntó Lope.

Y habiéndole respondido que miércoles, dijo que volviese el domingo, después de misa mayor.

Aquella misma tarde fue Lope a la librería de Alonso de Montalbán y vio al hijo de este, el doctor Juan Pérez. Le habló de lo que había prometido para tan corta fecha, y añadió que tenía pensado que la comedia en cuestión fuese aquella que ambos tenían proyectada.

—¡Maestro…! —exclamó Montalbán lleno de asombro.

—No hagáis aspavientos —le atajó su merced—. Eso se hace sin sentir. Sobre lo que tenemos hablado, yo escribiré la primera jomada; vos, la segunda, y la tercera nos la partiremos como buenos hermanos. El viernes os espero en casa para que leamos lo hecho.

Capítulo VI

Que es continuación del anterior

La noche era serena y apacible. La luna brillaba espléndidamente, como un reverbero de plata iluminando el jardín.

Lope entró por los cuadros de flores y plantas, y al poco tiempo de estar entre ellas, como le acontecía cuando ante la mesa de trabajo se encontraba, se le fueron del pensamiento, con tenerles tan arraigados, los negocios de su vida.

Un macizo de tulipanes, cuya semilla le había enviado desde Amberes un viejo camarada de la mocedad y gran aficionado de sus obras, llamado Emmanuel Sueyro, acertó a entretenerle tan por entero que allí se clavó, materialmente, como si en tan breve espacio quedara circunscripta para él la redondez de la Tierra.

Siempre que ante aquellas florecillas, ya crecidas y gentiles, se entretenía, se acordaba de que correspondió al envío del florido presente con otra flor, aunque no en aquella tierra cultivada, sino en los siempre fértiles vergeles de su ingenio, y fue una comedia que llamó: *Lucinda perseguida*, que envió al buen camarada injerto en flamenco, con un billete, en el que decía:

«No he sabido qué enviar a *Vmcd*. en agradecimiento de este favor y de que con flores de sus manos está honrado este jardinillo humilde, donde cada año han de nacer memorias de *Vmcd*. con nombre de tulipanes de Flandes, aunque mejor fuera llamarlos *sueyros*».

De aquella abstracción en que estaba vino a sacarle la voz de Montalbán, que, avanzando por una de las veredillas del huerto, venía diciendo:

—¡Maestro, maestro…! ¿Está ahí vuesamerced? En verdad que no es esta la hora más a propósito para dedicarse al cultivo de las flores, pues ya sabe como a tal tiempo se abren al sueño, y no son sus emanaciones nada recomendables para la salud…

Y hablando de esta manera llegó Pérez de Montalbán a donde estaba Lope, el cual dio tregua al entretenimiento en que estaba.

Por cierto, que el bueno del doctor venía a punto de perder el poco seso que le quedaba, por obra y gracia de un nuevo epigrama que aquella misma tarde había lanzado Quevedo contra su persona.

El magnífico señor de la Torre de Juan Abad tenía ciertos agravios editoriales contra el padre del poeta, y no contento de haber puesto a este, en público y en privado, cual no dijeran dueñas, cerraba con la misma saña contra el hijo tan pronto como veía ocasión propicia.

Aún no habíase sacudido de aquel formidable trallazo con que le negaba personalidad:

El doctor, tú te le pones,
el Montalbán no le tienes,
con que, quitándote el don,
vienes a quedar Juan Pérez.

cuando secundaba con otro que levantaba ronchas, como si con corbacho de galeote le hubiesen abanicado las espaldas.

Dice que aquella misma tarde hizo a su costa nueva gala de ingenio el sagitario de los espejuelos verdes, mirando unos cuadros que había expuestos en las rejas del palacio de Oñate, frente al monasterio de San Felipe.

Uno de los lienzos, que a lo que parece se debía al austero pincel de Ribera, representaba a San Jerónimo, azotado por los ángeles en castigo por haber leído a Cicerón. Como leyenda, el pintor había escrito estos en una tarjeta que colocó al pie del cuadro:

Porque a Cicerón leía
fuertes azotes le dan
los ángeles a porfía.

Lo leyó Quevedo y rápidamente añadió estos dos versos entre el regocijo de cuantos le rodeaban:

¡Cuerpo de Dios! ¿Qué sería
si leyese a Montalbán…?

Como Lope también, en tiempos no muy lejanos, había sido picado por el mismo aguijón, se dolió con acres censuras de la nueva licencia de don Francisco, haciéndolo con tan ásperas y enconadas razones que la fuerza de la repulsa le hizo ser injusto con el gran poeta de los *Sueños*.

Ya no se acordaba de cuando él zahirió con rayos de ingenio emponzoñado a sus camaradas más ilustres, y aun en alguno pasando harto adelante en las demostraciones de antipatía, como con Alarcón, contribuyó a desterrarle de la república de las Letras.

Capítulo VII

La paloma y el gavilán

Retrocedamos un poco si lo tienes por dicha, hermano lector, en la relación de los hechos, como suele ser vieja y a las veces necesarísima costumbre en el arte de novelar.

Poco antes de que el no muy sesudo autor del *Para todos* penetrase en la mansión de su insigne maestro, había sonado una vez más, entre las infinitas que sonaba durante todas

las horas del día y de la noche, el esquiloncillo de las monjas «trinitarias», llamando a las mansas ovejuelas del místico rebaño a no sé qué piadoso menester que solían cumplir a las nueve de la noche.

Al esparcirse en las ondas del eco la postrera campanada, como si al conjuro del metálico tañido obedeciera, rasgó los ámbitos el lúgubre canto del mochuelo, que, como se sabe, es tenido entre las gentes timoratas y supersticiosas por ave de agorería.

Ya sabemos las consecuencias que el triste quejido tendría que tener en la casa de «El Fénix», el cual por añagaza del diablo o permisión divina, para más doloroso castigo de las pasadas culpas, andaba en aquel preciso momento muy ajeno de sus paternales pleitos y harto entretenido por las veredillas de su jardín.

Desde que Antonia Clara le viera encaminarse hacia aquel lugar que tan grato le era comenzó a disponer la deshecha que su galán, en malhora, le aconsejara.

No dejó la infidelísima dueña Bibiana de ayudarla en los preparativos de la fuga, empleándose en hacerle el hatillo con las prendas imprescindibles que la desatalentada hija habría de llevar consigo.

Asimismo, teniendo en cuenta que dice el refrán —y dice bien— «que los duelos con pan son menos», se curó la celestinesca dueña de esquilmar el cajoncillo en donde su amo guardaba los pocos ahorros que tenía, y arramblando con cuanto allí encontró se fue a recordar a la muchacha —por si acaso le hubieran acometido bascas de arrepentimiento— que el tiempo de partir era llegado.

Antonia Clara, que también se había cuidado de no dejar como recuerdo de su infame ausencia unas valiosas arracadas y una rica cadena de oro, regalo del duque de Sessa, su padrino, no hubo necesidad de más razones que la forzaran a lo que tan pensado tema, y así de como se le unió la adelantada discípula de *Celestina*, salieron cautelosamente a la calle, dejando la puerta sin encajar, porque este cuidado no pudiese ser parte a despertar la atención del padre, a quien de manera tan traidora quitaba la honra y la hacienda.

Hasta el traidor can, mal centinela en la guarda del huerto, echó tras las mujeres.

***

Como Lope, al entrar en la casa seguido de su amigo y discípulo, echase de ver la soledad y abandono que en ella había, le volvió a las mientes el recuerdo del papel anónimo que pocas horas antes recibiera y del que tanto se olvidó para su mal, en el momento preciso en que le estuviera bien recordarle, comenzó a dar voces, llamando a su hija.

Montalbán, le dijo:

—¿A Antonia Clara llama vuesamerced, maestro? Pues, no se canse en ello, que yo la encontré ahora por la calle del «Niño» acompañada de la dueña y de un caballero que entendí fuese vuestro yerno don Luis de Usátegui. ¿Por acaso —y perdone vuesamerced que no se lo preguntara antes— acaece algo en casa de mi señora doña Feliciana?

Y el atribulado don Lope, *haciéndose cargo* de su desventura, pero queriendo ocultarla a los ojos del mundo lo más que pudiera, respondió haciendo un enorme esfuerzo sobre la voluntad, que más le impelía a prorrumpir en llantos y denuestos:

—Cierto, que no se me acordaba. Con mi yerno y la dueña salió Antonia Clara, presumo que no han de tardar mucho espacio en volver. Entrémonos en el estudio, y veamos qué habéis hecho de esta comedia que tantas ganas tengo de terminar como de morirme, y, ¡plegue a Dios, que ambas cosas sean esta misma noche!

Y con tal ansia dentro del alma, maestro y discípulo entraron en aquella estancia, que era uno de los más venerados santuarios del ingenio hispano.

Lope quería olvidar, no ya la angustia que le torturaba el alma, sino a la hija, como si no hubiese nacido, y con ella aquel postrero capítulo de su vida, en que, cayendo desde las alturas de su divino ministerio, olvidó el amor a Cristo, que juró en los altares, por el divino amor humano, que siempre fue el verdadero Dios de la Tierra.

***

Tres días después, que era domingo, al punto de las once, y cuando «El Fénix», entre las flores de su huerto, en vano procuraba curarse el daño incurable que le hiciera aquella flor de su vida, llegó el comediante Alonso de Figueroa en busca de la comedia que ya de antemano diputaba por la llave de oro que en aquella temporada habría de franquearle las puertas del «corral» del «Príncipe». Y halló a punto de poner en escena lo que con tan desmedidas ansias esperaba.

El mismo Lope quiso leer su última producción, no tanto por hacerle tan señalada merced, como por enterarse de lo que había escrito en colaboración con Montalbán; pues, como dejó correr libre la pluma por aturdir su desgracia en el fárrago de los versos—esta vez, más correctos que inspirados—, no tenía noción concreta de lo que, desde el cerebro, había trasladado al papel.

Y el cenadorcillo en donde tenía por costumbre trabajar durante el día valió por sala de lectura.

La mansión de Lope había quedado como cuerpo sin alma.

La desaparición de Antonia Clara —en cuya busca no había hecho su padre la más pequeña diligencia, haciéndose cuenta de que había desaparecido para siempre de los caminos del mundo—le llenó todo de tristeza y desolación.

Aunque el insigne anciano no quería dar —como dicen— *su brazo a torcer*, mucho se le conocía el sufrimiento intenso que iba minando su vida.

Bien puede creerse que en el breve espacio de ocho días envejeció diez años…

El cabello y los enhiestos bigotes que hasta el trágico momento de su desventura conservaban bastantes vestigios de la mocedad, ya eran blancos como hilos de plata, y su gallarda figura, erguida y fuerte, se encorvaba, como buscando en la paz de la tierra el descanso que necesita quien mucho y desenvueltamente ha abogado por los procelosos mares de la vida.

Mirando su hija Feliciana la soledad en que estaba el glorioso autor de sus días, se determinó a no separarse de él durante los pocos años que hubieran de quedarle por vivir, para lo cual trasladó su hogar a la casa de la calle de «Francos».

Pero, Lope, a pesar del cariño con que los suyos le trataban, como vulgarmente se dice, *se le caía la casa encima*, y así no paraba en ella para otra cosa alguna que para yantar y dormir.

Levantándose de la cama —cosa que aun en lo avanzado de su edad tenía por costumbre de hacerlo al amanecer—, después de rezar sus oraciones en el oratorio que por pontifical privilegio tenía, y de visitar su huerto, se encaminaba al vecino monasterio de las «Trinitarias» en donde, como ya queda dicho, era religiosa profesa su hija Marcela, y charlando con ella al través de las rejas del locutorio, se pasaba casi la mañana entera.

Acudía luego al Hospital de Sacerdotes Naturales de Madrid, de donde era rector; decía la misa de once, que por ser celebrada por él tenía más feligreses que si la dijera el mismísimo Primado de las Espadas, y acompañado, la mayoría de los días, por su grande amigo y liberal protector, el duque de Sessa, hacía tiempo hasta la hora de tornar a su casa.

Por la tarde, nunca le faltaban literarias academias o eruditas asambleas en donde lucir el ingenio, que en verdad, que ni las pesadumbres del alma ni los achaques del cuerpo habían logrado marchitarle, y al cabo, remataba el día con pasar un par de horas en la librería de Montalbán, que estaba en la calle de «Milaneses», pasada la puerta que llamaban de «Guadalajara».

Y entrando en su casa, aunque el amor de sus hijos le esperaba y las caricias de un netezuelo le distraían algún tanto, tornaba la pesadumbre a embargarle el ánimo en tal manera que únicamente en la oración fervorosa y en la austera penitencia lograba encontrar algún sosiego su atormentado espíritu.

Capítulo VIII

El huerto deshecho…

Huerto de esta ribera…
Para siempre se fue. ¡Qué infausto día
La dulce primavera
que con su hermoso pie te florecía;
por eso te faltó sereno el Cielo,
y a un occidente sol siguióse el hielo.
A mí me daba vida
y a ti te daba flores; ya la muerte
con su veloz partida
en estériles campos nos convierte;
que a vivir estas calles, no lo ignores,
a mí me diera siglos y a ti flores.

LOPE DE VEGA

No parecía sino que todos los elementos habían desencadenado su implacable furia sobre la Villa y Corte de las Españas aquella noche de mediados de agosto de 1634.

El día estuvo caluroso en extremo. La cálida atmósfera se hizo tan densa que hubo momentos en que las gentes pensaron caer asfixiadas en medio de las calles, y cuando la media noche iba por filo una furiosa tempestad cayó sobre la villa dormida.

El vendaval y el granizo no dejaban cosa en su sitio. Así barría las chimeneas en los tejados y desquiciaba las hojas de las ventanas y balcones como arrasaba los campos y los huertos llevándose por delante cuanto caía bajo su fuero.

No necesitaban tanto las sucias calles de Madrid para ponerse como de perlas.

Los arroyos que en su centro se formaban para desahogo de las aguas sucias y cauce de las lluvias, hicieron durante las húmedas horas de aquella noche pinicos de ríos, y en las rúas encuestadas formaban verdadero aluvión, que arrasaba cuanto se le ponía por delante.

Así a la mañana siguiente, en los remansos formados por las plazoletas y en las esquinas, aparecieron multitud de perros y gatos muertos.

Hasta el «Manzanares», de ordinario tan humilde, a pesar de su segoviano puente —sin duda, para dar un «mentís» a las acerbas sátiras de Quevedo y Góngora—, también dijo: —«¡Aquí estoy…!». Y sacando las narices de su desmedrado lecho, hizo una verdadera catástrofe en sus verdes riberas.

Cuando Fray Lope Félix abrió los ojos al nuevo día, aunque si va a decir verdad muy poco tiempo lo consintieron sus pesadumbres y la incivilidad del tiempo tenerlos cerrados durante la noche, fue su primer cuidado acudir a ver cómo librara su huertecillo de las crueldades de la tempestad y lo halló todo deshecho, como si en él se hubiera cebado con mayor encono el rigor de la tormenta.

Los árboles desgajados, mostrando al pie las ramas muertas, que parecían brazos cortados del tronco.

Las flores deshojadas, sobre charcos de cieno junto a los mismos tallos, en donde todavía en la tarde anterior hacían gala de su lindeza y lozanía.

La desolación del arrasado huerto se metió en el ánimo de su dueño, y así paseó por sus breves sendas, convertidas en arroyuelos enlodados, con el pecho oprimido por la angustia y los ojos muy cerca de bañársele en lágrimas.

Aquella derrota de las flores del huerto le traía a la memoria la de las flores de su vida, las cuales no llegó a ver cuajadas.

… Y comparando la tristeza del huerto con la desolación de su alma, tomando un clavel yerto que estuvo a punto de hollar con sus pies, repetía aquellos versos de su égloga *Filis*:

¡Así fue el rapto de mi prenda cara…!
¡Que propia dicha de clavel temprano,
que en quien le cría pocas veces para…!

FIN